

LA HABITACIÓN

Me despierto. Estoy solo, tumbado en el suelo. A mi alrededor, nada. No hay muebles, no hay nada. Está todo oscuro.

Lo primero que encuentro es una extraña brújula. En ella, tres agujas amarillas como el oro sobre un fondo rojizo. Sigo solo. Ni una muestra de vida en esa pequeña y oscura habitación. Solo un poco de luz entra por la ventana. Esta luz desemboca en el lugar donde se encuentra la brújula. Me paro a pensar. La observo fijamente. Continúo solo. Sin una luz que me ilumine, sin una voz que me aconseje. Solo con una brújula.

La brújula marca el Norte, por lo que decido caminar en el sentido de esta. Ando, con cuidado, despacio. A cada paso que doy suena el chirrido de los tablones de madera que forman el suelo. No sé donde estoy. Sigo caminando, esperanzado. Lo que parecía pequeño y agobiante se convierte en un lugar inmenso y sin fin.

Sigo solo. Vuelvo a fijarme en la brújula. Esta marca ahora el Este. Me pongo nervioso. Sigue todo oscuro. He caminado mucho, pero se puede seguir viendo la luz a mis espaldas.

Sigo solo. Ni un ruido. Ni una palabra. Sigo sumido en ese sitio tan tenebroso como inquietante. Entonces, decido hacer caso a la brújula. Avanzo unos metros, y observo que al frente hay una luz. Me paro a pensar y me giro. La luz ya no estaba. Había pasado de estar a mi sombra a tenerla justo enfrente.

Vuelvo a mirar a la brújula. Sus agujas habían vuelto a cambiar: marcaban el Oeste. En este momento me entra el pánico. No sé qué hacer.

Por supuesto, sigo solo. Una gota de sudor recorre mi cara. Acto seguido, decido seguir la luz. Nervioso, corro. A más velocidad, más largo se me hace el camino. Derrotado, me siento en el suelo y me paro a pensar.

Saco de mi bolsillo la brújula. La miro detenidamente, intentando obtener alguna pista, pero nada. Vuelvo a abrirla. Las tres agujas de la brújula ya no marcan la misma dirección, sino que señalan caminos distintos, formando tres ángulos llanos.

Entonces, pienso. La luz está mucho más cerca. Tranquilo, voy hacia ella. Solo, con brújula en mano, camino lentamente hacia la luz.

Al fin, llego. Parecía que había recorrido kilómetros. Pongo la brújula en el suelo, justo donde incide el rayo de luz. Después, la brújula se abre.

Se había levantado la tapa, haciendo un ruido espantoso. En ella, las tres agujas vuelven a señalar al Norte, pero en la otra tapa, anteriormente vacía, aparecía escrita una frase. Una frase que lo decía todo: "todos los caminos conducen al mismo lugar", y que, justo después de leerla, supe lo que pasaría después.